

El talismán de légamo

Castrodorrey





El autor nace en un pequeño pueblo de la provincia de Lugo, del que toma su pseudónimo, Castrodomey. Abraza la escritura con edad avanzada, no obstante que ya cuenta con otras obras de su propiedad, como La guerra del "golfo", 2006, Antología de un poeta aficionado, 2008, Desde Sevilla a Gijón... España, otra forma de hacer turismo, 2009, y en el año 2010, comienza con El talismán de Iégama.

Esta leyenda está inspirada en un personaje que aparece en las crónicas de la tauromaquia, del que muy poco se sabe, pudiéndose traducir en "casi nada". Algunos datos de aquí y de allá, que no sustentan suficiente biografía, dejan paso a una novela ambientada en Andalucía, España, desde finales del siglo XVIII a mediados del XIX. Los principales que aparecen con identidades auténticas, se supone que coincidieron en algún momento con el protagonista y su compañera. De lo que se deduce que cualquier parecido con la realidad, es producto exclusivo de la imaginación del autor. Por otra parte, vienen a colación pasajes históricos de este país, para una mejor situación de la época en que discurre la narrativa



castrodomey

ISBN: 978-84-92325-26-5



9 788492 923265

El talismán de légamo

Castrodorrey

Finalista en el I Certamen de Novela de Artgerust 17/07/2010

Autor:© **Castrodorrey**
Depósito legal: M-2178-2010
ISBN Papel: 978-84-92925-28-5
ISBN PDF: 978-84-92925-29-2
Editor: Gerüst Creaciones S.L.

(-En este tu día de alternativa, te concedo el privilegio de matar este toro, y con orgullo te ofrezco mi muleta y mi estoque. Que dios reparta suerte.)

(-María -le dijo aquella tarde mientras paseaban- quiero invitarte a Ronda, pa' que conozcas mi casa.

-¡Caramba! -sonrió ella- ¿Es una proposición?

-No sé que responder a eso... -la miró a los ojos- ...no lo sé)

(-¡Don José...! ¿Qué hace usted por aquí? -Intentó la bajeza del servilismo, como si acabara de tropezárselo por casualidad.

-He venido a ajustar algunas cuentas.

-Usted no me debe nada, don José... ¡por dios! -comenzó a temblar- ¿Qué cuentas son esas?

-Las cuentas de un amigo.-Hablaba frío y pausado.

-Yo no tengo nada que ver con lo de ese amigo, don José... no crea usted eso... ¿Quién le ha dicho...?)

Los toros, un gran amor... y la venganza por la muerte de un amigo, las tres enormes constantes de la vida de José Ulloa Navarro, que pudo ser y no fue, uno de los grandes de la historia.

PROLOGO

Huele a jara y a romero; huele a mierda de caballo, sierra y retama. El numeroso grupo cabalga en silencio monte arriba. Solo las caballerías producen algún ruido bajo el insoportable calor. El Lorenzo –como llaman al sol- ya se dejaba sentir, poderoso, bien entrada la mañana. Aquel día, la partida tuvo que montar de muy temprano, pues los Migueletes se habían acercado peligrosamente. No resultaba habitual cambiar de refugio, excepto si la ocasión lo requería; y tener a los guardias cerca, era razón más que suficiente. En los postreros tiempos, insistida hasta el hartazgo.

De modo que antes de despuntar el alba, toda la caterva había emprendido el éxodo hacia otras tierras.

En el tedioso bochorno hay tufo a sudores rancios, proscritos y perseguidos. Navajas, sables y mosquetes; chicharras que ensordecen y pesados moscardones; caballos y jinetes que forman burda estampa...

Era la estampa novelesca de varios siglos, que en épocas de acosados y rastreadores, en justicia impartida por caciques, que llueve sobre humildes, cabales y honrados prójimos, recoge las hazañas de grupos incontrolados por la geografía española.

Al igual que en otras naciones del mundo, Escocia, Inglaterra o América, este fenómeno abunda en España durante la escasez y la miseria, de unos tiempos que parecían avocados al desastre.

En esta península ibérica, ya existen vestigios desde la dominación romana, de quienes eran llamados salteadores de caminos, ladrones, forajidos, facinerosos, malhechores, malandrines, rateros y bandidos.

Y alusiones a Sierra Morena, en cartas dirigidas al César doscientos años antes de Cristo, como “región plagada” de éstos.

Sin embargo, este anómalo –o, no tanto- devenir de la historia, se completa y alcanza sus máximas cotas, entre los siglos XVIII y XIX.

Quizá por su profusión en los escritos o novelas, o, tal vez, porque en esos años la desventura de las clases sencillas y populares, adquiriese su mayúsculo ejemplo.

Para, finalmente y sin remisión, concluir y defenestrarse a principios del siglo XX.

Es la era en que comienzan los grandes inventos y las técnicas más depuradas, y hay otras cosas en que pensar.

Aunque, posiblemente en la actualidad, no se haya erradicado tal lacra, que, con otros nombres, tapaderas o situaciones, siga constante en la índole del ser humano.

Años en que el pueblo escogía como héroes a los malhechores, que, en la mayor parte de las ocasiones, eran sanguinarios y despiadados forajidos. Hombres considerados ídolos, que roban a los ricos para repartir entre los pobres. Leyendas infundadas por las miserables ilusiones del populacho, que agradece el renglón que ocupa uno de los suyos.

Y éstos, que de dioses pasaban a miserables, porque sus vidas derrotan en inmundicias imposibles de sortear.

Acababa por crearse un mundo al revés, promovido por la opresión de los poderosos.

La miseria abunda, y los ricos —que eran muchos menos— se convierten en los señores que avasallan. Viven como dioses, alejados del fango de los pueblos, que solo horadan las botas de sus guardias. Reprimir y recaudar, aplicar el garrote en cualquier caso, es su misión.

Con estas letras podríamos comenzar la historia de un hombre, que ve iniciarse su vida como gitano y marginado. Ribera cenagosa dura de vadear, que reconvierte en gloria por su gallardía, valor y serenidad, en el arte de la tauromaquia.

Argumentos que, además de su atractivo y bien formado físico, le truecan en estampa de gentes que le siguen, vitorean y veneran, alcanzando importantes cotas en el mundo del toro bravo.

Encumbrado y orgulloso, visceral y sin embargo honrado, no atiende a sensiblerías. Su conducta se rige por la palabra comprometida, y el

criterio rectilíneo común y corriente: Si uno no quiere, dos, no se enzarzan.

Envuelto el país en una desgraciada guerra contra los franceses, el caos del pueblo salpica las normas sociales de forma irreversible, a lo que él se opone de plano. No está de acuerdo con la monarquía, que considera culpable de todo cuanto acontece.

Tampoco con los bandoleros que se toman la justicia por su mano.

No obstante, una serie de acontecimientos de tamaña envergadura, terminan por hacerle derrotar en trayectorias ilimitadas. Vuelve al margen de aquella marisma de sus principios, distinguido por su raza para el resto de los días.

Un hombre que fue, de marginado aprendiz a toreador de renombre, como de héroe a bandido. Del oro al barro, como de talismán a poza de légamo.

El que era vitoreado como Tragabuches, y terminó su vida como...El Gitano.

Capítulo I

Salamanca, 12 de septiembre de 1802. Plaza Mayor, cinco de la tarde. Hoy, ataviada con sus mejores galas, improvisado ruedo, espera con entusiasmo el paseíllo. La muchedumbre allí reunida, similar a cada tarde de festejo taurino, murmura apretujada en las compuestas graderías: “hoy toma la alternativa *Tragabuches*... el subalterno de Gaspar Romero... él mismísimo Gaspar, le entrega los trastos...”

El muchacho al que todos miraban, de 22 años, grácil y apuesto; proporcionado y esbelto físico, no sentía miedo alguno. Ni nerviosismo siquiera, por la situación que se avecinaba. Ya había disfrutado y sufrido un largo contacto con la fiesta, y se había enfrentado a muchos toros. Su padrino Bartolomé -quien había jurado a su padre “echarle el agua” en una larga y flamenca juerga- le introdujo en aquel mundo de vida o muerte, cuando apenas contaba quince de su existencia.

Existencia que transcurrido el tiempo, ya no tenía ningún valor sin el riesgo. Sin el olor a miedo, que se palpaba entre cualquier público, incluso en las tabernas que solía visitar.

Por esa razón, José, no percibía el más absoluto de los temores. En la escuela más importante de la tauromaquia, dinastía de los Romero de Ronda, el espanto no existía... solo el toreo.

Allí comenzó como alumno del más reconocido de la célebre estirpe, *el gran Pedro Romero*, que por sus convicciones racistas había declinado muy pronto su enseñanza.

Según sus propias palabras, prefería dedicarse a iniciar toreros de origen español, que no a los que consideraba *descendientes de un faraón cualquiera*.

Aunque entonces se encandilara de las formas de su discípulo, y llegara hasta sentirse orgulloso de él.

Más a pesar de todo esto, ya con veinte años destacaba como sobresaliente de Gaspar y José Romero, que sin embargo de cualquier dictado, habían apoyado al aprendiz de torero en todo momento.

Ahí jugó importante papel Bartolomé Romero, pariente cercano y peón de confianza de Gaspar, que aprovechó la coyuntura para ofrecerle los servicios de su ahijado.

Razones entre otras muchas, que le llevaron desde muy pequeño a experimentar en su propio ser, el significado de no parecerse a los demás. En un mundo de minoría, y no menos marginada etnia, el gitano tenía que aprender rápido. Subterfugios y buenaventura, trueques de timo para fomentar el gato por liebre, o gracias y leyendas chistosas si quería subsistir.

Que la gente no contaba con sus firmes convicciones, ni los ancestros y raigambres de esa raza, era evidente. Pero nadie conoce mejor al gitano, que un gitano. Y José lo sabía a ciencia cierta.

Mucho mejor jugarse la vida algunas tardes, delante de cientos de personas que podían aplaudirle o llevarle a hombros, que andar por las calles y cantinas en busca de unas monedas, o recorrer los campos para timar al cateto y venderle la burra.

Por eso estaba allí. Tras el pequeño burladero, esperando la salida del burel. A éste, tenía que enfrentarse como lidiador, y matarle de frente. El compromiso le pegaba los pies al suelo, y el sabor a sangre no le dolía en el estómago. La suya o la del toro. Esa, era la cuestión.

José Mateo Balcázar Navarro nació en Arcos de La Frontera, un bonito pueblo de la provincia de Cádiz, en Andalucía, en el año del señor de 1780. Todo el mundo le conocía por Joselito el de “tragabuches”, apodo que según se contaba, le venía de herencia dos generaciones atrás.

Por toda la región, desde Arcos a Puerto Real, o de Lebrija a Jerez, habían oído hablar de la familia Balcázar, de mote Tragabuches.

Se historiaba en los corrillos de botijo al fresco, y alrededor de las hogueras de segadores que llegan hasta Castilla, que el patriarca de la familia Tragabuches sacaba los fetos de las burras y se los comía en adobo.

Unos que al parirlos, otros, que de la misma barriga con una enorme faca, lo cierto es que el miedo precedía a los acercamientos con cualquiera de sus miembros.

Las creencias en misteriosas historietas, como cuentos de taberna y jarrillo de vino, se encontraban a gusto entre las sencillas gentes que poblaban la rural Andalucía.

Además de fechas en que las bestias, que en general se decía a los animales de carga, se convertían en protagonistas de cualquier faena de campo. Nobles y bellas algunas como el caballo, y acérrimas o fealdad de otras como mulas o burros, formaban parte principal en el más apartado de los cortijos, choza, pueblo, o terruño de labranza. Donde incluso en las casas de vecino, tenían sus especiales habitaciones, denominadas cuadras como es natural.

Y cabe reseñar que por aquel entonces, según recoge el diccionario de la lengua española, se le decía buche al borrico recién nacido. Término procedente de la voz “buch” que se utiliza para llamar a este animal, entre arrieros y campesinos.

El lenguaje y su empleo, era una cuestión que solía levantar polémicas entre los más eruditos. Así, los nobles o estudiados, y en general toda persona de alcurnia, medían mucho los conceptos a la hora de expresarse.

Sin embargo el vulgo, el populacho o las gentes sencillas y de calle, usaban jergas que acortaban las palabras, para que resultasen las

conversaciones más ligeras, y menos entendibles para oídos que no fueran los deseados.

Hacia el sur, sobre todo en Andalucía, más campechanos a la hora de platicar, a la menor ocasión que no fuese necesario el protocolo, reducían las terminaciones, o, simplemente, apococaban los artículos a su antojo.

Como verbigracia, era muy frecuente el “usté” por usted, el “tó” por todo, o “desgraciao” por desgraciado. Sin olvidar el “p’acá o p’allá” obviando la preposición, para ir o venir.

Y los ajustes de negocios circulaban por manos avispadas y muy listas. Como los gitanos, que controlaban en muchos casos el mercado de ferias por pueblos y veredas.

Apartado en que la familia Tragabuches se trabajaba el puchero con tesón. Así pues, sin distinción de sus trapicheos y ventas, de rocines, jumentos o acémilas, la leyenda superaba el trato.

No había un solo aparcerero, segador o tratante, que no temiera hacer acomodados con aquellos.

Pues de cualquier forma o manera cuesta pensar en cómo, puede apetecer a persona alguna tan extraño manjar.

Aunque, posiblemente, solo hubiera sucedido una vez, y por una brutal apuesta.

Época de todas las miserias y todas las fortunas. Y también, en aquellas épocas -concretamente en 1783, cuando el pequeño José contaba tres de su edad- una proclama del rey Carlos III, con motivo de integrar a los gitanos en la comunidad castellana, les permitiría adoptar apellidos de origen noble.

Arenga que se leía y transcribe así:

- 1) Los gitanos son ciudadanos españoles.
- 2) Debe dejarse de decir gitano, ya que todos los ciudadanos son iguales. Se sustituye la palabra “gitano” por “castellano nuevo”.
- 3) Los niños deben ir a la escuela a partir de los 4 años.
- 4) Los gitanos son libres de fijar su residencia.
- 5) Los gitanos pueden emplearse o trabajar en cualquier actividad.
- 6) Los gitanos tienen derecho a asilo y atención a sus enfermos.

7) Los gremios que impidan la entrada o se opongan a la residencia de los gitanos serán penalizados.

8) Se imponen penas a los que obstaculicen la integración de los gitanos.

Sin embargo, para que el gitano pueda disfrutar de estas igualdades, debe cumplir unas condiciones:

- * Abandonar su forma de vestir.
- * No usar su lengua (el caló) en público.
- * Asentarse y abandonar la vida errante.

(Cuestión que José llegaría a aprovechar cuando ya era figura de la tauromaquia, para cambiar su apellido por Ulloa Navarro y dejar su vinculación con los Balcázar de por vida)

Y solo bastaría abundar un poco en la citada pragmática, para ver que el rey, era el primero que seguía llamando “gitano” a los de esa raza. Pues a pesar del segundo punto, donde decía que se sustituía tal palabra por “castellano nuevo” continuaba usándola hasta el final.

Y por tierras andaluzas, el caló se asemejaba mucho a las costumbres de recortar el lenguaje. De tal forma, tampoco sería muy notorio aparcar esa lengua.

Raza siempre vilipendiada, unos años antes, allá por 1749, durante el reinado de Fernando VI, la persecución a la que fue sometida sobrepasó cualquier límite. La mayoría eran encarcelados por mandato real, excepto si eran reclamados por sus lugares de origen, como personas útiles en la población. Así, en Andalucía, que era el lugar de más asentamiento gitano, y sobre todo la zona de Cádiz, la mayor parte volvió a sus pueblos, porque efectivamente, se habían integrado con sus quehaceres de tratantes, quincalleros, o chamarileros y lateros. Tareas que, aún, poco cualificadas, eran vitales y de bastante provecho.

Por tanto, no es difícil imaginar, con los avatares que por aquellos tiempos se tropezaba cualquier chaval que fuera de procedencia gitana. O chavorrillo, como solían llamar a sus hijos más pequeños. Sin más educación que la artimaña, y con semejantes historietas a la espalda, José, habría de correr mucho para que no le pillara la desidia de la chusma, racista y prejuiciosa.

Suenan timbales y clarines, y sale el primero de la tarde. Negro zaíno, de pitones como puñales, muy serio por delante, y bien rematado por detrás. Bella lámina que se dice, tenía aquél toro que le había tocado estoquear; según los cánones, el primero en suerte de Gaspar Romero, quien cedía trastos y lidia al toricantano.

-En este tu día de alternativa, te concedo el privilegio de matar este toro, y con orgullo te ofrezco mi muleta y mi estoque. Que dios reparta suerte.

Esas fueron las escuetas palabras de Gaspar, en presencia de su padrino Bartolomé como testigo. Sobrio y enaltecido el de Ronda, le pasó los trastos al muchacho, a la vez que se rozaba en un casi imperceptible abrazo.

La suerte estaba echada, y ahora le tocaba a él.

Lo recibió a la verónica abierto el compás... una, dos, tres, cuatro... remató con media de inverosímil trazo, flexionando un tanto la pierna contraria, y la plaza se venía abajo. Meciendo los brazos como está mandado, y aportando una imponente calma que a todos estremeció.

Aquél pase llamado verónica, iniciativa del gran Costillares, de la escuela sevillana, José lo interpretaba a la perfección. Bien pudiera ser suyo, y así lo hacía al componer la suerte. Los aficionados entendían de eso, y de tal manera le agradecían la parsimonia demostrada.

Su figura vestida de luces, patilla al uso, arrogante y bien parecido, ponía el toque de distinción que aportaba la escuela rondeña.

Valiente y sin pedir cuentas, comenzó la faena de muleta con ayudados por bajo, impecables. Se llevó a su enemigo a los medios, sosegado y sin medir, natural como el mismo albero, y allí se formó el lío.

La gente enloquecida repetía los olés sin desmayo... el gitano, siempre impasible, toreó hasta hartarse.

Había llegado su día. Dejarían de llamarle Joselito el de... para llamarle solamente José Ulloa Navarro *Tragabuches*.

Hasta hacía muy poco, las corridas de toros eran un espectáculo caótico, cuando el pueblo las había tomado como suyas, arrebatándole tal privilegio a la nobleza.

Era común en los eventos egregios, justas, nobles bautizos, y cualquier otra fiesta de la aristocracia, lancear toros a caballo. Y los que bregaban con los morlacos para llevarlos al sitio adecuado, usando sus capotes, por razones de clase pertenecían al populacho.

Cuando por cualquier causa el caballero no podía matar al toro, lo encargaba a éstos. Y ahí, es donde comienza a cobrar importancia el toreo de a pié, pues la plebe aclama y solicita a sus iguales.

Y es a mediados de siglo, sobre 1763, cuando entre otros, aparece Joaquín Rodríguez Costillares, que regulariza, y se podría decir que reglamenta, el arte de la lidia.

Quien ya era hijo y nieto de toreros, procedentes del matadero y escuela de Sevilla, establece las cuadrillas tal y como, ya a la orden de los matadores, en lugar de ser contratados a parte. Crea los tercios de la lidia: “ver” y recibir al toro con el capote, varas, banderillas, muleta; e inventa el matar al “vola-pié”. Además, de instaurar pases como la “verónica” y reformar el vestido, con bordados de oro para los matadores, y en plata para los subalternos.

Esta suerte del volapié, es cuando el torero se perfila y viaja hacia el morrillo del burel en el momento de la verdad. Pues hasta entonces, los toros se mataban recibiendo su embestida. Pero al ser un estudioso en la materia, descubre que algunos toros quedaban con poco fuelle tras el quebranto de la lidia. Caso en que sería mejor ir hacia él para finiquitarle o morir en el intento, y no esperar su tardía arrancada.

Teniendo en cuenta que en la suerte de varas, algunos toros derribaban, cuando no mataban, varios caballos, era evidente con la merma de fuerza que podían llegar al lance final.

Así pues, desde 1763 que tomó la alternativa, hasta 1782, que después de recibir una tremenda cornada en Madrid, disminuye sus apariciones, Costillares es considerado como uno de los padres de la tauromaquia, que habría de llegar hasta el futuro.

Por todas esas razones, José Ulloa, más conocido por “Tragabuches” acababa de convertirse en Maestro.

Después de aquella tarde, y por su condición de no buscar enemigos, acudir a donde le llamaban sin poner objeciones, *Tragabuches* sonaba en todos los corrillos taurinos de sur a norte.

La historia había cambiado. Ya el motejado, presentaba sus credenciales como matador de toros, en lugar de tratante de ganado, procedente de recelada y numerosa familia.

Y se leía en todos los carteles de toros. Ajados por las lluvias y rigor de la intemperie algunos, y recién pegados y relucientes otros, todos, a la entrada de las plazas, fondas, bodegas, árboles, o rótulos de los caminos.

Se iniciaba una nueva vida que acogió en principio sin espavientos. La costumbre adquirida de viajar por esas tierras con sus maestros, durante siete años, y su porte, que mentira pareciera venir de tal familia, ayudaban a no congestionarse con la popularidad.

Era hombre de pocas palabras. Como buen gitano, amante del flamenco y con gusto para el cante. Compás adquirido por sangre, quizá, y regusto de velador y aguardiente en las amanecidas, o el alterne de taberna alguna que otra tarde.

Imponía respeto de cabeza a pié, aunque afable y sin malos modales. De algún modo solía atraer a los demás. Sobre todo a las damas, que mirándole de soslayo, echaban cursis risitas al cruzarle en el paseo. Pues su esbelta estampa se coronaba de negro y ensortijado pelo; sus ojos de igual color, resaltaban incluso de su morena piel, y su arrogancia no desdecía del grácil conjunto físico.

Por descontado que la estampa, hablaba bien clarito de su estirpe faraónica: gitano de pies a coronilla.

Cabal y bienplanta, que pudiera decirse en cualquier momento, José, se conducía con mucha prudencia. Además de cuidar su indumentaria de modo particular.

Sus calzones fabricados en buen paño, y sus chaquetillas, cubriendo impolutas camisas, se completaban con las bien calzadas botas hasta la rodilla. El sombrero calañés, sobre pañuelo anudado de fino hilo, remataba la indumentaria. Al estilo del campo, siempre usaba faja a la cintura.

Las modernas levitas y calzones de seda, medias y zapato bajo, provenientes de otras naciones más avanzadas, no resultaban muy de su agrado.

Claro que no practicaba ningún asco a una buena tertulia, y más si se hacían unas letras por seguiriyas. Y naturalmente que no despreciaba un fortuito encuentro, en la madrugada de luna y finas sábanas de lino, si la señorita en cuestión lo merecía. Pero nunca, eso sí, haría requiebros a señoras con marido.

Para él, el terreno del hombre era sagrado. Según las doctrinas nunca escritas de su raza, el hombre siempre es quien decide. Y la mujer, tiene respeto si es virgen o casada.

Y no precisamente se pudieran avasallar, sino que al no haber conocido varón, o estando casada, no se debía mantener escarceos amorosos con ellas.

En el caso de una moza, porque había que pedir permiso a su padre, y solo con la intención de casamiento. Y estando ya casada, porque es pertenencia de otro hombre.

Y no es que los llamados payos anduvieran muy distanciados en esos menesteres, pues observaban idénticas normas. Y de la misma manera, se estilaba pedir permiso a su padre o hermano mayor en el defecto, cuando se quería cortejar.

En general, la cultura que se arrastraba de siglos atrás, a pesar de modificarse al socaire del avance de los tiempos, cargaba con una lacra de difícil solución: las directrices autoritarias y sexistas.

Eso sí, todas a beneficio de una parte que era la del varón, aún a pesar de las contradicciones.

Si un hombre tomaba esposa sin pasar por los santos sacramentos, si tenía posibles, todo el mundo giraba la vista hacia otro lado. Si por el contrario, era pobre o de poca guisa, el vivir amancebado se convertía en descomunal peso para su existencia, recargando en ambos casos hacia el lado femenino.

Y no se hable del adulterio. Ahí, el hombre llevaba todas las prerrogativas. Podía subir y bajar de mancebías, o tomar aquello que se le ofrecía en bandeja, sin que nunca fuera de mal ver. Al revés, cuánto más abundaba en ello, mejor considerado estaba. Excepto, claro está, los que practicaban el estilo donjuanesco sin discriminar entre sus *conquistas*, que habían de caminar con veinte ojos.

Pero... ¡Ay de la mujer que cometiera tal acto! Casada o soltera, quedaría pendiente de un hilo débil y siempre a punto de romperse. Si salvaba su vida, en caso de estar unida a varón, sería soslayada durante el resto de su, ya, durísima supervivencia.

A menos que se mudase de lugar, a donde nadie supiera de sus "pecados".

La envenenada hipocresía social, calidad indiscutible del ser humano -incoherencias implícitas- tomaba tintes de absoluta

redundancia. En pocos casos soportable, y en otros... imposible de sostener.

De modo que atendiendo a las buenas costumbres, se conservaba toda la anatomía intacta, y la de los demás también. Bastante era jugarse la vida delante de un toro, para luego andar por ahí metiendo baza en casa ajena.

Las gentes de los pueblos serranos eran sencillas y trabajadoras. La mayoría vivían del campo, y los que no de su artesanía, como panaderos, talabarteros o zapateros. Y se podría decir que todos los vecindarios contaban con una tienda, donde se habilitaba la compra de gran variedad de utensilios.

Ni que decir tiene, que todo el mundo se conocía.

Y, si por aquello de los festejos aparecían saltimbanquis, romanceros, trovadores o toreros, resultaba bien fácil distinguirlos.

En un entorno tan simple y natural, las tradiciones se convertían en leyes, y era bueno conservarlas.

Y los hombres, debían medirse por templados y rancios, que él así lo había aprendido.

Por tanto no era cosa de que un popular, alguien que todo el mundo señalaba en cualquier pueblo o camino, se comportase como gorrino en la majada.

Ahora el año se contaba por estaciones. En invierno las monterías y tentaderos, que no convenía perder el contacto con el campo y el ganado bravo. Largas e interminables noches en el cortijo, a veces, cuando el momento así surgía por cualquier guitarra que sonase bien. No faltaba de comer, el cante y el vino, pero siempre, la levantada había de ser al alba, pues el campo canta de otra manera.

José tenía la costumbre de retirarse temprano, porque sus miras estaban en no abusar demasiado de la buena vida. Comer en exceso, cantar o beber en demasía, eran malos consejeros para el cuerpo. Sino para la cabeza, que esa siempre estaba sobre los hombros, las carnes se ponían flácidas, y se perdía el buen físico que debía tener cualquier torero.

Y, si estaban en el pueblo, contadas oportunidades se le veía de mañana en las cantinas.

Los había que de la juerga iban a montar, cazar, o realizar sus faenas cualquiera que fuesen. Como su padrino Bartolomé, por ejemplo, que nunca llevaba la contraria al mesonero, cuando su voz, ya cascada de trasegar a escondidas a la par que sus parroquianos, solía decir: “Un vasito más a los señores, que invita Don Bartolomé”

Una de aquellas tardes se le oía hablar con su padrino:

-Tío, ayer se recogió usted mu tarde.

-Bueno, bueno, sobrino, déjate de monsergas, y dale a esa becerrilla, pa que “su tío” disfrute un rato.

-¿Pero es que usted nunca se jarta?

-No. De verte torear, sobrino, nunca.

-No digo de eso, tío, no digo de eso.

-¡Anda y sal ahí, que esta noche nos espera una buena!

Era incorregible. A Bartolomé Romero, le gustaba más una juerga que comer con los dedos, como acostumbraba a decirse. Pero José le admiraba, pues a pesar de que estuviese toda la noche tragando, jamás se descomponía al día siguiente.

Aunque no siempre se juntaba con buenas compañías.

Y es que le daba igual ocho que ochenta, mientras hubiese por delante buen material, como repetía constante, cuando los manjares

no solo se referían a la mesa. Era un mujeriego empedernido, y no discriminaba el entorno ni un poquito.

José, quizá por receloso y desconfiado, cuidaba mucho las reuniones, y cuando se oía que no iban a ser las adecuadas, hacía mutis a la primera de cambio. Veces se despedía veces no, pero se quitaba de en medio lo más rápido posible.

Que admiraba a su padrino era un hecho. Y también le estimaba justamente. Y la prueba es que le llamaba “tío” como hacen los gitanos con sus mayores, aunque Bartolomé no fuera de su raza. Pero ya era hombre hecho y derecho, y la capacidad de decisión dependía solo de sí mismo.

Así que era frecuente oírles de cuando en cuando, mientras tentaban vacas o becerros, o montando en la dehesa, discutir de esto o aquello; y el sobrino parecía querer enseñarle algo, que el mayor no acababa de entender.

Él, aunque fuera valiente delante de un toro, impasible y sosegado, veía los peligros más rápido que otros. Y las tascas y los vinos que su tío visitaba, con gentes de toda catadura, encubrían más venturas que andarle al toro por los cuernos. Sí señor. Los caldos porque eran malos a reventar, y la tropa, porque solo mirarles dañaba la vista.

Por primavera, cuando la sierra descolgaba sus aguas puras y transparentes, cualquier atisbo de nieve desaparecía, y del monte al valle todo se volvía color, la sangre hervía en las venas de aquel hombre. Hasta sus pupilas negro azabache, parecían resplandecer y ser más grandes.

Ya se acercaba la temporada, y las tardes de compromiso y boca seca estaban a la vuelta de la esquina. Eso era su vida: el toro y las muchedumbres, que podrían pitarle o aplaudirle, quitarle la vida o dársela.

Era superior a cualquier sensación. Era supremo, simplemente.

Esta temporada, su segunda de matador, prometía plazas de renombre. Y tales augurios, solo querían decir una cosa: las puertas del mundo se abrían. Un mundo de sufrimiento y responsabilidad; dura preparación y reserva, para luego recibir aplausos o heridas. Dedicación plena que requería aquel oficio, y él, José Ulloa Navarro, “Tragabuches”, estaba dispuesto a dar el pecho.

En su cabeza rondaban faenas de gloria, con toros bien bravos que embestían sin desmayo. Verónicas y delantales de repetidos olés, y mulatazos de rasgo diestro, que levantaban a las gentes de sus lugares... ¡¡torero... torero... torero!!... se repetía sin descanso en sus sienas.

Ya no caminaría al lado de Gaspar y José. No les vería cada tarde, a menos que coincidieran en los carteles. Pero no les echaba de menos, pues ahora, él, también tenía un nombre, y subalternos que le llamaban “maestro”.

En su cabeza no habitaba otra cosa que vivir tranquilo, que para enfrentarse a los toros es como hay que estar. Ni fama ni renombre le importaban, excepto sentirse mirado con respeto. En su otra vida, la que había dejado aún muy joven, al lado de su familia, nunca sintió tales sensaciones.

Era muy frecuente que las demás personas les rehuyeran, sino de viva carrera, sí, con gestos y ciertos comentarios susurrados al

soslayo. El margen casi se palpaba, incluso aún cuando viajaba al socaire de los Romero.

Pero eso ahora había cambiado. Las gentes le miraban sin tapujos al pasar, y no digamos los aplausos al hacer el paseíllo.

Y su única familia era Bartolomé, que le acompañaba sin descanso. Su primer admirador y partidario desde mucho antes de tomar la alternativa, y, en este momento de gran cambio en sus constantes, no le había abandonado ni mucho menos. Se había convertido en su factótum, sin poner la más mínima de las condiciones.

-Tío, usted, es la única familia que tengo, y no me gustaría perderle por nada de este mundo- le confesaba una tarde mientras se vestía de luces, que solía ponerse trascendente.

-¿Y por qué iba yo a perderme, hombre?- le respondió solícito, ajustándole la taleguilla.

-No lo sé, tío, no lo sé. Pero a veces, me entran malos augurios.

-No pienses en na de eso, que eso no va a pasar... ¡rediós!

-No jure tío, que trae malfario.

-¿Malfario? -Soltó engallándose- ¡Malfario es lo que tú piensas! Anda y sal ahí, y demuéstrale a todos quien eres. Que no hubo ni habrá, otro torero como tú.

Le sobrecogía la fe que su padrino depositaba en él. Le daba escalofrío solo pensar, que aquél hombre, que tanto había visto y vivido de la tauromaquia, le tomara por el mejor de todos. Había toreros de renombre y respeto, a los que ni siquiera pensaba en llegarles. Pero su tío, decía todo lo contrario. No tenía arreglo.

Y siempre le peleaba cuando no se daba a valer. Cuando acudía invariablemente a torear donde le llamaban, sin discutir los emolumentos, estaba enfurruñado hasta la hora de vestirle. Como aquella tarde en Algeciras, donde iba a torear nada menos que con Jerónimo José Cándido. Hijo del Cándido que fuera muerto durante la lidia en El Puerto de Santa María, unos treinta años atrás. Cuyo vástago ahora en activo, igualmente usaba esencia de finas y bien maduras suertes. Por añadidura, desposado con la única hembra de los Romero, a la sazón hermana de Pedro y sus maestros. Que

para incomodidad de aquellos, habían de sufrir su antagonismo, al proceder de la escuela sevillana, aún nacido en Chiclana de la Frontera.

De quien por cierto se decía en los ambientes, que Tragabuches era su más directo rival.

-Aquí, podías haber sacado algo más.

-¿Mas de qué?

-De hallares, hombre, de hallares ¿de qué va a ser?

-¿Pero no estamos bien como estamos? –Preguntó serio- a usted no le falta de na, y a mi tampoco.

-Pero podríamos tener más, mucho más, si tu comprendieras quien eres.

-Soy el que soy. José Ulloa “Tragabuches” – recalcó el mote- ¿o es que ya lo ha olvidao?

-Eres el mejor. Eso es lo único que no olvido nunca.

-Pues no me ande usted con esas, que ya sabemos quién soy yo. Solo un gitano que torea. Na más.

-¿Un gitano que torea... y donde hay otro, gitano o payo, que lo haga como tú?

-Eso... pregúntele usted a la gente.

-¡Pero si la gente te aplaude como a nadie!

-Si; pero soy gitano.

-Eso no importa.

-No le importa a usted. Pero a su primo Pedro sí que le importó, y a otros muchos también.

-¿Mi primo? ¡Si ese cualquier día se atraganta y se ahoga con su propio orgullo!

-Es el más grande que ha dao esto. Y tós le siguen, y es payo.

-Payo, gitano, gitano, payo... ¿que recojones tendrá que ver?

-Cualquier día se dará usted cuenta... cualquier día.

A veces, sobre todo cuando hablaba con Bartolomé, parecía sentenciar con sus palabras. Como si presintiera que algo malo pudiera pasarle a este hombre, tan leal y tan cercano.

Desde luego fuera de los ruedos. Porque en ellos, su padrino siempre se había conducido con capacidad y buen hacer, cuando trasteaba a las órdenes de Gaspar como peón de confianza.

Ahí le había enseñado mucho, también, y siempre le había protegido. Pero de alguna manera José se sentía responsable a pesar de la diferencia de edad, porque no comulgaba con la forma de comportarse de aquél, cuando andaba de paisano por ciertos sitios.

Quizá, porque era la única persona a la que él, se sentía superior. A lo mejor o a lo peor, porque no aceptaba el círculo de las gentes que les solían rodear, y al otro, todo le parecía bien. Y también podría, que al ser la única persona que consideraba -pues de su familia prefería ni acordarse- sentía un miedo interno porque algún día terminase aquello.

Sin embargo que, naturalmente, no solía reflexionar al respecto. Solo era voluntario e imprevisto, que tomase preocupaciones por Bartolomé, sin más.

Añadiendo que, como buen exponente de una raza aclimatada en la evasiva y el trueque, desarrollaba un sentido extraordinario. Presumía cosas que otros no sabían percibir. Y eso, sin conocimiento erudito, más allá de sobrevivir en los campamentos y caminos, solo servía para estar constantemente en guardia. Como se decía de los mulos resabiados, “con la oreja tiesa”.

Y claro que no se le apreciaban gestos o movimientos, que delataran la particular atención que prestaba a todo. Para él, este tipo de alarma observadora, era como respirar.

Y si el porvenir pudiera verse por una rendija, ambos se darían cuenta de la futilidad de tales preocupaciones.

Como todo hombre quiere casa, y sus dineros en ese momento lo permitían, hizo trato con un antiguo conocido de Ronda, al que llegó con 11.480 reales de vellón. Era desbravador de caballos, y la única condición añadida, pasaba por darle cobijo.

Y la finca lo merecía, pues era hermosa y de bastante terreno. Entonces se podía pagar en renta por una heredad similar, alrededor de 100 reales cada mes. Y José había calculado muy bien sus cuentas: si vivía de alquileres, terminaría por gastarse aquella suma en solo nueve años. Así que, invirtiéndola en una casa propia, con suerte, tendría para treinta o cuarenta años si la parca no se acordaba de él.

Además, aún le quedaban otros tantos reales para ayudarse a subsistir aunque viniesen flacas temporadas. Había hecho sus cábalas contando todo el dinero que tenía, partiéndolo a la mitad.

De modo que la suerte le envió a Francisco, de quien se había oído quería vender, Y Francisco aceptó a la primera, sin regateos ni boberías.

-Señor –le dijo- solo le pido una cosa: me gustaría morir aquí, pues aquí fue donde pasé los mejores años de mi vida, junto a mi querida mujer. Prepararé un jergón en las cuadras...

-¿Y a quien mejor encontraré, para que cuide de esto? –Le cortó- Queda usted contratado.

Así fue como dos hombres, cerraron el trato de la vivienda. Tal y como le gustaba decir a José, “con la palabra y la mano”.

La heredad en cuestión se trataba de una preciosa morada de magnánimas dimensiones, que conoció sin duda mejores tiempos. Y no en su construcción, que ésta era recia, de dos plantas bien distribuidas. Pero todo lo que la dulce esposa de Francisco hubiera arreglado, antes que aquél miserere acabara con ella, ahora se lucía manga por hombro.

Orientada al tajo, permitía una admirable visión de la serranía.

La casa se encontraba en la zona más antigua de la ciudad, justo al principio del puente de muy reciente reconstrucción. En el extremo

de la angosta calle, que solo contaba con otras nueve fincas, antes de su salida hacia el pueblo y el campo.

Al otro lado de la calzada, la vista se hundía en la enorme depresión del río Guadalevín, no apta para vértigos.

La parte inferior de la vivienda contaba con un excelente zaguán, del que partía un largo pasillo, dejando a la derecha el salón de vastas proporciones.

A la izquierda, una pequeña estancia con dos camas individuales, seguida de la cocina, que también tenía puerta al patio. Pues, para soportar los rigores veraniegos que inducían a tomar la cena al fresco, se había dispuesto una especie de sombrero, que solo robaba unos doce pies al más que amplio patio.

Al final del pasillo, la puerta trasera que solo se abría por completo en el verano, cuando en determinadas ocasiones entraban por allí las caballerías. Un tragaluz en la parte superior de aquél portón, era quien se encargaba de ayudar a que el pasillo tuviese claridad.

Durante el tiempo de lluvias y barro, siempre se usaba la puerta de atrás del corralón, pues no era cosa que las bestias ensuciasen el otrora bien cuidado suelo.

En el lado derecho, contigua al salón, justo frente de la pieza que acogía los fogones, el cuarto que servía de despensa.

(Era común en las casas de la época, y no solían ser pequeñas. Allí se guardaba –en la mayoría de los casos bajo llave- toda clase de comestibles: orzas con manteca, que contenían carnes o embutidos para su mejor conservación; jamones, pellas de tocino y otros embutidos ya curados, que colgaban arracimados de vigas y ganchos; vasijas con aceite o agua; sacos de garbanzos, habichuelas, patatas, y cualquier verdura de reciente recolección)

En el muro externo, correspondiente a todas las habitaciones del flanco izquierdo, sendas ventanas enrejadas que permitían la luz natural. El salón, ostentaba su perfecta cristalera en la fachada principal, pues en el muro de ese lateral, no había hueco alguno.

Lindaba con otra vivienda, separada solo por una estrecha angostura de aproximadamente tres varas, donde se veían algunas matas de tomates y pimientos, que el vecino usaría para sus guisos.

Del recibidor partía la amplia escala que llevaba al piso principal. Regia en su arquitectura, comenzaba a la izquierda de la puerta de entrada, para curvarse mediante amplios rellanos, y así salvar la altura de las habitaciones inferiores.

Culminaba en otro tramo, que dejaba a la vista el balcón del patio. A su diestra, salía un pasillo en dirección inversa. Allí se encontraba por este orden, la habitación que se entendía para el aseo, y el dormitorio de matrimonio.

La primera estancia con luz al patio, y la principal de todas, la alcoba matrimonial, con un precioso mirador de ventanas al estilo inglés, idénticas al salón del piso inferior. Ventanal de bajo alféizar, que por fuera en su parte baja, contaba con un alero suficiente para colocar floridas macetas. Y su inapreciable vista, dibujaba las sinuosas cumbres serranas, tras el enorme salto del Guadalevín.

Todo el conjunto, de apreciables y ampulosas dimensiones, prometía comodidad y morar sin ningún agobio a sus habitantes.

-Aquí dentro, pueden correr caballos- Fue la sentenciosa frase de José, cuando estuvo en el interior de la casa que iba a ser suya.

El corral con que contaba la finca, podría alcanzar los 90 pies de largo, por 45 de ancho, como justa réplica al rectángulo habitado. Rodeado de gruesas paredes de piedra y mortero de cal y tierra, presentaba un aspecto rústico y fuerte.

Más allá del cuadro que seguía a la cocina (el improvisado cenador que por cierto precisaba de arreglos) como a unos treinta pies hacia la izquierda, estaban encuadradas las caballerizas. Donde pateaban un tiro de cuatro lustrosas mulas, y dos caballos. Ambos equinos, de pelaje negro y alazán, que no disminuía en absoluto su fina estampa. En el centro del patio, el pozo que abastecía el agua. Además de la casa, a una pileta que servía de abrevadero. De la que salía un canalillo para regar tomateras y pimientos, que crecían hermosos y espigados. Plantados en arriates al lado derecho del pródigo recinto, bien resguardados éstos de varas y alambres, para que los pollos no picaran.

Y al fondo, cercano al portón que daba al campo, una especie de alambrado encierro en el que varias gallinas atendían a dos hermosos gallos.

Francisco Hurtado, quedó viudo hacía dos décadas. Aquel arriero de sesenta y pocos años, enjuto y largo como un día sin pan, de canoso cabello y grises ojos tristes, que también sabía de palaustres y adobes, sin otra ayuda edificó su propio abrigo.

Salió cuadrada estancia, justo al lado de las cuadras, con fogón y un camastro. Según sus palabras: “Muy suficiente a mis pretensiones” Pues José tampoco hubiera permitido, que aquel hombre se fuera a dormir con los caballos en su propia casa. Aunque la hubiera vendido, ambos sabían a quien perteneció tanto tiempo.

-¿Y si no le hubiera comprado yo, la casa... a donde pensaba ir cuando la tratara? –Le preguntaba José, que no entendía cómo, con tanto apego que le mostraba, había decidido venderla.

-Pues no lo sé. –Se vislumbraba un cierto brillo maléfico en sus ojos- Me hubiera tirado al monte.

-¡Ande usted, hombre... eso no lo creo! ¿Tan cansado estaba usted de vivir solo?

-Don José... si le digo la verdad, no tenía intención de irme a ningún sitio.-Apostilló avergonzado.

-Y si no hubiese aparecido yo... -quedó un momento pensativo- ¡justo no la hubiera vendido! Ya lo entendí... ha abusado usted de mi honor... ¿eh? -Ambos rieron, porque se vislumbraba un tinte de conspiración en el mayor, ahora mozo.

-No apetezco de indiscreción, Francisco... pero...

-¿Qué haré con los hallares que me pagó? –Trató de adivinar.

-¡Pues sí...! ¿Qué hará usted con el dinero?

-Pagar mis deudas, don José... pagar mis deudas.

Cabizbajo, le explicó que había adquirido deudas durante el tiempo que su esposa se vio imposibilitada en una cama, pero que sin duda serían liquidadas puntualmente.

José ya no quiso indagar más, y dio la conversación por zanjada. Intuía que se llevaría bien con aquel viejo bribón, que le había utilizado sin ver maldad alguna.

Mas el nuevo amo no peinaba un solo pelo de tonto. Se regocijaba en sí mismo, al pensar que de un solo tiro, había matado por lo menos un par de pájaros. No estaría solo, y utilizaría los servicios del arriero, acemilero y desbravador, al que veía como una buena persona.

Los viajes en diligencias se hacían pesados, y ya pensaba en adquirir un propio transporte. Una calesa con capota para las lluvias no acomodaría malamente. Las mulas vendrían bien para tirar del coche, y los caballos para montar a cercanías.

Claro que por todo ello no escatimaría unos reales de soldada para quien desde ahora, sería su propio mozo. Ya acordarían cuánto.

Además que, cuando estaban en el pueblo sin torear o no salían al campo, su padrino, como era natural, pasaba la mayor parte del día al lado de esposa e hijos. Acostumbrado a tenerle siempre al lado, esas épocas se hacían de poco gusto. Pero ahora tendría alguien cerca, para ayuda, o simplemente compartir un desayuno de tocino asado en aquel fogón, y excelente café de tal puchero.

Habría huevos frescos, tomates y pimientos en la despensa, y algún que otro pollo en el marmita.

Adecantar la casa, era la propuesta principal, ahora que ya la poseía. En la siguiente mañana visitó al vecino más cercano, con quien lindaba terreno y vivienda.

Aquél hombre estaba imposibilitado de las piernas, y Consuelo, su mujer, junto con Margarita y Federica, las dos eficientes hijas, hacían determinados menesteres por unos pocos reales. Limpiar y blanquear, además de acondicionar camas y colchones, ventilar ropas y varear alfombras, que aquellos tenían hasta fieras. Tales fueron los picotazos con que se encontró por la mañana, de por lo menos una jauría de chinches.

-Le daré lo que me pidan señó Alberto. Ya no puedo ragcarme má, que me voy a terminar con el pellejo. -Comunicó en complicidad al vecino, subiendo algo la manga de la camisa para mostrarle aquellas terribles ronchas.

-No se preocupe usted, don José, que le dejarán la casa como los chorros del oro. Y sin pulga, chinche, cucaracha, o cualquier otro bicho que se puea nombrá. Delo por aseguro.

Milagro fue, durante la semana que durmió en la fonda, lo que aquellas mujeres obraron en la casa. Cuando le llamaron en la mañana del sábado para que se incorporase a su vivienda, ya alistada, le pareció estar en otro sitio.

Las enrejadas ventanas de la planta baja, presentaban un vasto agrupamiento de macetas, de vivos colores de geranio y alegrías, que destacaban en la impoluta y blanquísima fachada. Dentro, una vez franqueado el recién pintado portón, el olor a limpio apoyaba la visión de taquillones, sillas y mesas, relucientes como nada. Y en la escalera, para llegar al piso superior donde reposaba su estancia, cada escalón tenía otra maceta de regular tamaño.

La alcoba, ahora parecía de reyes. El gran ventanal que le daba luz, también exhibía geranios en el adaptado alero. Prendidas cuidadosamente a cada lado, colgaban las cortinas de terciopelo, para ofrecer reposo y cobijo.

Se podría dar por mentira que sin cambiar un solo mueble, la limpieza hubiera descubierto tanto.

Por un momento tuvo la intención de llamar a todos para que la vieran. Era tal la diferencia, que aquel lavado de cara le había hecho pensar distinto.

Pero solo fue momentáneo. No era dado a recepciones caseras ni visitas, y todo seguiría como estaba. Solo era un gitano con casa propia, y no había cuestión para tentar la suerte.

Capítulo II

Ya pasados siete años desde la plaza de Salamanca, a la que había retornado en varias ocasiones, siempre aclamado y respetado en sus faenas, y casi nada había cambiado en la vida de José Ulloa “Tragabuches”.

Exceptuando el año de 1804-1805, que hubo sequía de eventos por una prohibición de la corte, cuando tuvo que retirarse al campo, pues nada hacía en población alguna. Esperando que el rey Carlos IV, recapacitase pronto y desoyese a la reina (a quien se culpaba precursora de tal prohibición) aprovechaba para capear en distintas fincas, de mano de su protector y padrino, y no perder las cualidades ni físicas ni de oficio.

Tras esos meses de sequedad continuaba toreando y viviendo bien, porque sus actuaciones así lo permitían.

Su padrino Bartolomé seguía impertérrito en todas sus tareas. En los tiempos de viajes, una juerga tras otra, además de -eso que nadie lo dudara- ayudarle en todo como siempre. En las tardes y meses que no era temporada, casi sin salir del lado de su esposa, y la crianza de sus dos vástagos en pareja: Bartolomé de siete años, y Lucía de doce, para no desdecir de los nombres de padre y madre.

-De mi mayor no puedo hacer carrera porque me salió hembra. Pero el pequeño, a ese, lo hago torero como pueda. –Solía decir en ocasiones, cuando alargaban sobremesa en los almuerzos de correrías. Entonces Bartolomé se confiaba a su protegido, y con los ojos brillantes le hablaba de todo cuanto pensaba hacer por sus hijos. -Tenías que haberlo visto el otro día, con un trapo que cogió de su madre, de esos que usa para limpiar. Quería torear al perro, el muy intrépido.

Si te gusta y quieres comprarlo aqui puedes hacerlo